Biografías para niños

Emiliano Zapata

El jefe revolucionario del sur

Laura Espejel y Ruth Solís

Secretaría de Cultura
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México

Emiliano Zapata

El jefe revolucionario del sur

Laura Espejel y Ruth Solís

Biografías
para niños

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura

INEHRM

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Pedro Salmerón Sanginés
Director General

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General Adjunto de Investigación Histórica

Gabriela Alejandra Cantú Westendarp
Directora General Adjunta de Difusión de la Historia

Emiliano Zapata

El jefe revolucionario del sur

Laura Espejel y Ruth Solís

México 2019

Ediciones impresas:
Primera edición, INEHRM, 1986.
Segunda edición, INEHRM, 1992.
Tercera edición, INEHRM, 1992.
Cuarta edición, INEHRM, 1992.
Quinta edición, INEHRM, 1992.

Edición en formato electronico:
Primera edición, INEHRM, 2019.

Ilustraciones: Claudia de Teresa

D.R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

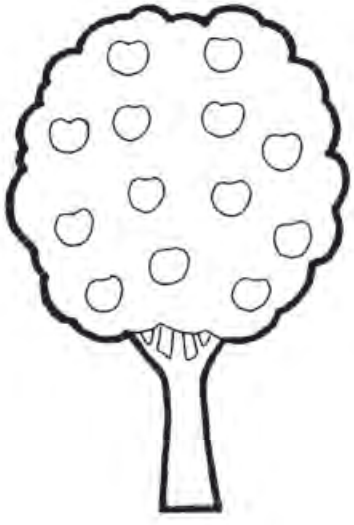
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-080-9

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO.

El estado de Morelos es un lugar con montañas y valles cubiertos de ríos. Es una región del sur de nuestro país donde se cultiva gran cantidad de árboles frutales, arroz y caña de azúcar; la abundancia de agua permite que las plantas crezcan rápido y sean frondosas.

Cerca de Cuautla, junto al río Ayala, hay un pueblito pequeño y muy bonito que se llama Anenecuilco. Este lugar tiene casas de adobe, chozas de palma y un pequeño zócalo donde pasean los habitantes del lugar.



Desde los tiempos de la Colonia, la producción de azúcar ha sido una de las actividades principales de esa región.

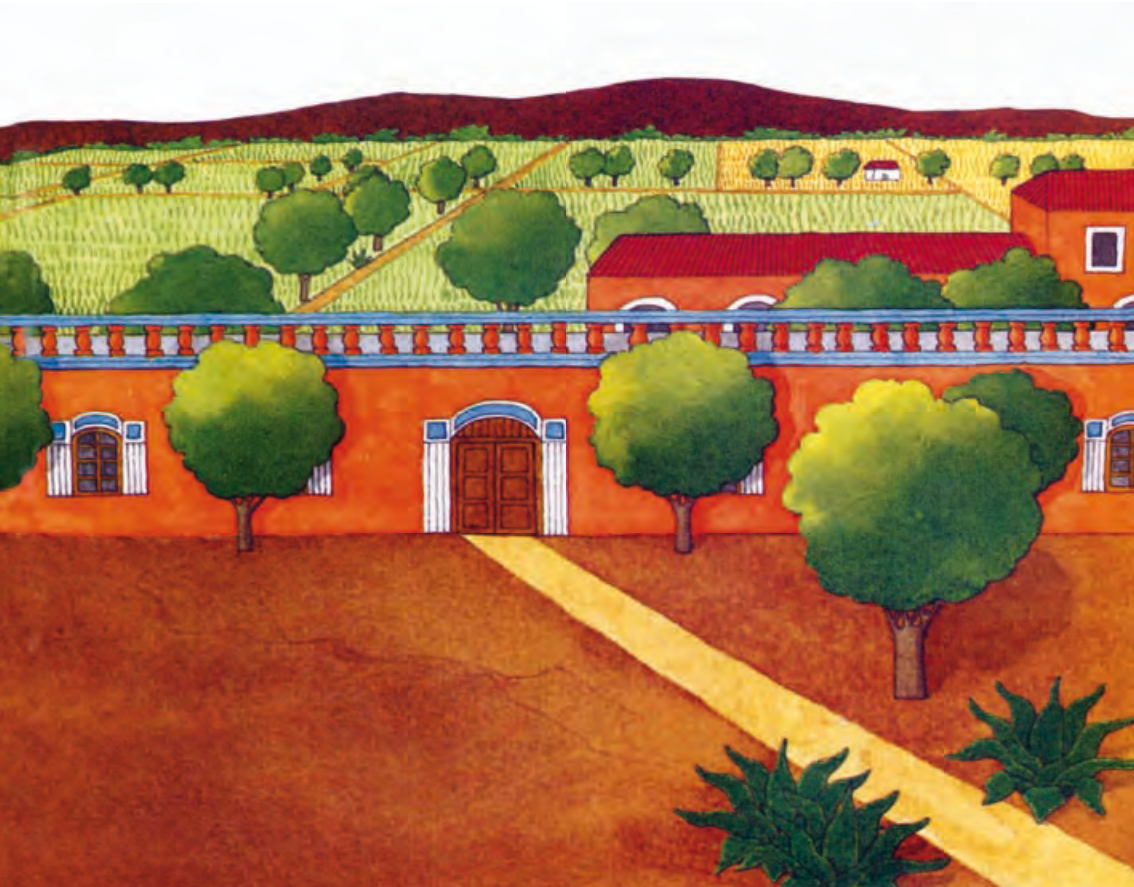
A fines del siglo pasado en Anenecuilco vivían sólo 400 familias. Casi todos los habitantes eran campesinos pobres que trabajaban en las haciendas cercanas, donde se cultivaba la caña de azúcar; ellos sembraban, quemaban y cortaban la caña.

Después, los arrieros la llevaban con sus mulas al ingenio. Ahí se metía en los trapiches (molino para extraer el jugo de la caña) y se producía el azúcar.

En esa época se construyó el ferrocarril y se modernizaron los ingenios con máquinas más rápidas que los trapiches. Con este avance tecnoló-

gico creció la producción de azúcar y se hizo más fácil transportarla. Sin embargo, muchos arrieros y trabajadores de los trapiches se quedaron sin empleo; cada día los habitantes de Anenecuilco y de otros pueblos vecinos eran más pobres.

En Anenecuilco vivían don Gabriel Zapata y su esposa, doña Cleofas Salazar. Ellos tuvieron 10 hijos; al noveno le pusieron de nombre Emiliano y nació el 8 de agosto de 1879. Igual que sus hermanos y amigos, Emiliano estudió la primaria en la escuela del pueblo.



Lo que más le gustaba era la historia de México, pero no sólo la que le enseñaba su maestro, sino la que aprendía de su tío abuelo. Él le contaba que sus antepasados habían luchado por la independencia en 1810 y habían ayudado a José María Morelos consiguiendo comida para su tropa cuando estuvo peleando en Cuautla. Le hablaba de la Intervención Francesa y del Imperio, y de cómo él mismo había peleado para defender el gobierno del presidente Benito Juárez.

Su tío abuelo también le enseñó a usar las armas, aunque le decía que sólo debía usarlas cuando fuera de cacería al monte o cuando tuviera que defender a su país.

Emiliano quería aprender a montar y domar caballos. Una vez, cuando era muy chico, se subió a un caballo que no estaba domado; éste saltó la cerca y salió a todo galope. Su tía y su madre estaban seguras de que lo tiraría. Al poco

rato regresó Emiliano montado sobre el potro, con rasguños y con sangre en la cara. Miró a las dos mujeres lleno de orgullo y les dijo:

—¡No me tiró; los rasguños me los hicieron los huizaches! ¡Ya lo domé!

Su padre regaló a Emiliano una mula vieja. Con tal de ganar un poco de dinero, se levantaba temprano para llevar pastura a los animales de una tía. Cuando alguna vez la mula se negaba a trabajar, ya por terca o ya por vieja, dicen que Emiliano la obligaba a caminar mordiéndole una oreja.

La vida en el campo exige que los niños desde muy chicos empiecen a ganarse el pan. Emiliano y su hermano Eufemio ayudaban a su padre. De él aprendieron las labores del campo: a arar la tierra, a sembrar, a criar ganado; pero, sobre todo, aprendieron de él a ser libres. Don Gabriel les decía a sus hijos:

—Primero se mueren de hambre que trabajar de peones en las haciendas.

Y es que muchos vecinos de Anenecuilco eran peones de la hacienda; ganaban poco y trabajaban mucho. La jornada empezaba a las 6 de la mañana; a las 12 comían y descansaban un rato. Antes de las dos reanudaban el trabajo y seguían hasta las 8 de la noche. ¡Doce horas de trabajo y mal pagadas! Los tres o cuatro reales que les daban como salario apenas les alcanzaban para comer. La familia Zapata no tenía que trabajar en las haciendas vecinas, porque además de tener tierra para sembrar, criaban ganado y luego lo vendían en los pueblos cercanos.

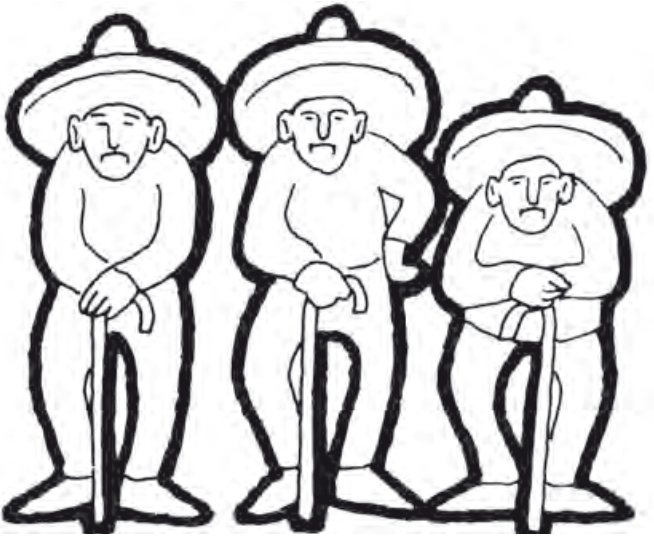
Emiliano y su hermano eran los encargados de vender el ganado, por lo que aprendieron muy bien los caminos, cuevas y barrancos de toda la región. Gracias a estos viajes, Emiliano pudo conocer y hacerse amigo de muchos campesinos de los lugares por donde iba pasando.

Zapata es elegido por su pueblo

En Anenecuilco, como en otros muchos pueblos de nuestro país, los ancianos eran la autoridad máxima de los campesinos, por ser los más sabios y respetados. Ellos formaban el Consejo Regente de Anenecuilco y se reunían siempre que tenían que resolver algo importante para toda la comunidad.

A principios de 1900, los campesinos tenían cada día más problemas, pues la pobreza y el maltrato hacia ellos habían aumentado al empezar el siglo. Muy pocos tenían trabajo, pero mal pagado. De nada servía ya protestar en los juzgados de la Ciudad de México, pues el gobierno no los apoyaba en nada.

Los ancianos veían que los tiempos habían cambiado y que era necesario que los jóvenes tomaran ahora las decisiones, pues la prudencia de la vejez ya no servía con una situación tan difícil. Así, el Consejo de Ancianos de Anenecuilco llamó a todos los habitantes del pueblo, y el 12 de octubre de 1909 se eligieron nuevos representantes: Francisco Franco fue escogido como secretario, Eduviges



Sánchez y Rafael Merino como tesoreros y Emiliano Zapata como presidente del Consejo.

En ese tiempo Emiliano Zapata tenía 30 años de edad. Era un hombre de estatura mediana y piel quemada por el sol. Usaba bigote grande y tenía un lunar en la parte superior del bigote, del lado derecho; sus ojos eran oscuros y su mirada franca; su boca, de regular tamaño, y los labios, delgados. Le gustaba vestir de charro con galones bordados en el sombrero y adornos de plata en el pantalón. Su mayor orgullo era tener un buen caballo para cabalgar sobre sus lomos luciendo una silla, botas y espuelas de buena calidad.

Desde hacía tiempo, Emiliano Zapata, además de ser estimado por los vecinos, se había dado a respetar porque, junto con los jóvenes del pueblo, había apoyado al ingeniero Patricio Leyva para ser gobernador del estado. Leyva les había demostrado su interés por los problemas campesinos, pero fue derrotado porque sus simpatizantes no pudieron votar libremente. A algunos de ellos los encarcelaron y otros fueron enviados a Quintana Roo a realizar trabajos forzados.

La revolución maderista

En 1910, Francisco I. Madero inició la lucha armada contra el presidente Porfirio Díaz, quien llevaba ya 30 años gobernando el país. La noticia del inicio de la revolución llegó a todo el estado de Morelos.

Los campesinos apoyaban a Madero porque él les había prometido devolverles sus tierras cuando publicó el Plan de San Luis; además, la gente pobre sabía muy bien que para conseguir lo que ellos querían era necesario, primero, derrocar al tirano.

Emiliano Zapata era uno de los principales jefes maderistas en el estado de Morelos. Los que se decidieron a entrar a la Revolución fueron en su busca para luchar a su lado. Por los caminos se iban juntando los que venían de las tierras frías, las que están cerca de los volcanes; otros venían de la tierra caliente de Morelos. Al llegar al Cerro del Aguacate, se encontraron con un hombre recostado sobre un sarape, que al verlos les dijo:

—¿'Onde van, muchachos?

—Venimos a ver a un señor llamado Zapata que está reuniendo gente —comentó uno de ellos.

—¡Ah, qué muchachos! ¿Y pa'que' lo quieren? —preguntó Zapata.

—Queremos saber si consiente en que vayamos con él. Queremos luchar —respondieron.

A lo que Zapata contestó:

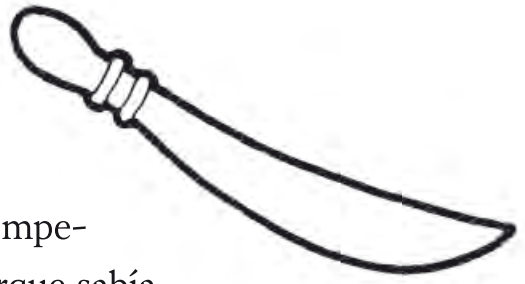
—Se trata de pelear contra el gobierno de Porfirio Díaz, para que nos devuelvan el agua y las tierras que nos quitaron hace mucho; pero no es cosa de un día. ¿Creen que aguantarán la bola? Porque si aguantan, aquí tienen a Emiliano Zapata, pa' servirles.

El jefe revolucionario del sur

Cuando entraron los campesinos a la lucha iniciada por Madero, no tenían más armas que el rifle y la escopeta que usaban para cazar liebres o güilotas. Otros tomaron el machete con el que cortaban la caña de azúcar; éstas fueron sus primeras armas. Cada quien iba a la revolución con lo que tenía. Cuenta un campesino de aquel movimiento:

—Yo me fui con una pistolita de cilindro y un machete; ésa fue mi arma. Otros con escopetas o con rifles del 12, y los demás con puñales. Y muchos, ¡nomás con el corazón!

Meses después de haberse levantado en armas, los campesinos de Morelos eligieron al jefe más sobresaliente para que dirigiera el movimiento revolucionario del sur. Una vez más, Emiliano Zapata



fue el elegido; ahora sería el dirigente no sólo de su pueblo, sino de todo un ejército de campesinos que lo seguían porque sabía mandar y dirigir una batalla y también porque le tenían admiración y respeto.

Al triunfar la revolución maderista, el general Porfirio Díaz abandonó el país. Mientras se elegía un nuevo gobernante, quedó como presidente provisional Francisco León de la Barra. Los hacendados tenían miedo de que los campesinos ocuparan sus tierras con las armas en la mano, por lo que le pidieron al presidente que el ejército los protegiera. Tal misión fue encomendada al general Victoriano Huerta.

Nace el zapatismo

Francisco I. Madero fue electo presidente de México el 6 de noviembre de 1911. Los revolucionarios que lo habían apoyado desde el principio no estaban conformes con la situación; Zapata y sus

hombres decían que ahora el estado de Morelos estaba peor que durante el Porfiriato, pues se les había impuesto como gobernador a Ambrosio Figueroa, enemigo de Zapata y de los suyos.

Francisco I. Madero les había propuesto a Zapata y a su gente que dejaran las armas y que esperaran a que las tierras les fueran entregadas legalmente. Zapata, a nombre de los campesinos, no aceptó, porque —dijo— querían tratarlos como bandoleros o bárbaros y no como revolucionarios.

Ésta fue la razón por la que Zapata, con algunos de sus hombres, se fue al pueblo de Ayoxustla, en las montañas de Puebla, para escribir su programa político, en el cual informaba a toda la Nación que él y los revolucionarios a su mando seguirían luchando porque no les habían cumplido la promesa de devolverles sus tierras.

En noviembre de 1911, Emiliano Zapata y el maestro Otilio Montaño terminaron el programa, al que llamaron Plan de Ayala. Ellos querían tener

un documento que legalizara su inconformidad contra el gobierno y unir a los revolucionarios del centro de la República bajo el lema Justicia y Ley.

Ahora los campesinos tenían su propia ley, por medio de la cual se les devolverían sus tierras, sin que estuvieran obligados a esperar largos años.

A partir de ese momento, los miembros del ejército revolucionario del sur se llamarían "zapatistas", en honor de su querido jefe. Junto con él lucharían durante nueve largos años.

Los zapatistas ganan muchas batallas

En un principio había varios jefes campesinos que también luchaban, pero independientes de Zapata. Entre éstos estaban los generales Francisco Pacheco y Genovevo de la O, quienes tenían su centro de operaciones cerca de las lagu-

nas de Zempoala. De ahí bajaban hacia Cuernavaca o se desplazaban hasta el Ajusco. Pero meses después, aceptaron el Plan de Ayala, con lo cual el zapatismo continuó extendiéndose más allá de los límites del estado de Morelos y aumentó el número de combatientes.

A pesar de que el ejército federal incendiaba los pueblos y las milpas, la población civil, conocida como "los pacíficos", apoyaba a los zapatistas dándoles alimentos para ellos y forraje para sus caballos; también servían como correo o como espías. Los ayudaban porque veían en Zapata al caudillo que les haría justicia; por eso se decía que en Morelos "hasta los perros eran zapatistas".

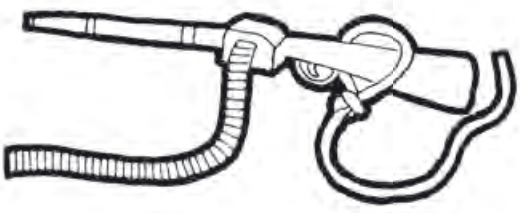
Victoriano Huerta traicionó a Madero; lo mandó apresar y, pocos días después, lo asesinó para quedarse como presidente de la República. Enseguida, con el respaldo de los hacendados de Morelos, Huerta reinició la campaña de terror en los pueblos. Muchos campesinos "pacíficos" tuvieron que refugiarse en los cerros.

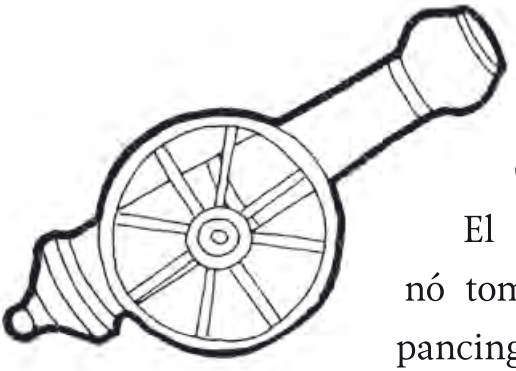
En los campamentos, los zapatistas tenían por costumbre reunirse por las noches a platicar y a

organizar su trabajo. Se reanimaban cantando los corridos de un compositor popular, Marciano Silva, conocido como "Chano" Silva. Él decía que cada quien debía cumplir con su trabajo y que el suyo era componer cantos para alegrar las largas e intranquilas noches de sus compañeros:

> es la pluma mi cañón y mi estrategia,
> y mi verso la metralla a mi entender.
> Son las armas con que lucho en el presente
> y con ellas lucharé sin descansar,
> combatiendo a los tiranos que imprudentes
> sólo anhelan un conflicto nacional.

Debido a los largos años de lucha, los campos de Morelos cambiaron; se transformaron en un paisaje desolador y triste. Pueblos enteros estaban deshabitados; en los campos de cultivo habían crecido hierbas silvestres; la maquinaria de los ingenios azucareros estaba abandonada; los caminos, destruidos. Sólo unos cuantos pueblos y ciudades





conservaban parte de su población, como Cuernavaca y Cuautla. El general Zapata ordenó tomar la plaza de Chilpancingo, Guerrero, el 26 de marzo de 1914; al sitiarla sabían que no tenían artillería como los federales, pero en cambio, era mayor su número de combatientes; así el empuje de los zapatistas, quienes junto con sus caballos parecían un solo personaje: "caballo y jinete eran un guerrillero".

Los jinetes zapatistas sabían manejar el lazo con maestría. Según cuentan, llegaron a lazar las ametralladoras del enemigo.

Se dice que el general zapatista "Chon" Díaz, con 800 hombres, cinco o seis cueteros que fabricaban bombas llamadas "de golpe" y el costeño Julión Blanco, se adelantó a la fecha señalada para el combate. La ciudad de Chilpancingo fue tomada a sangre y fuego.

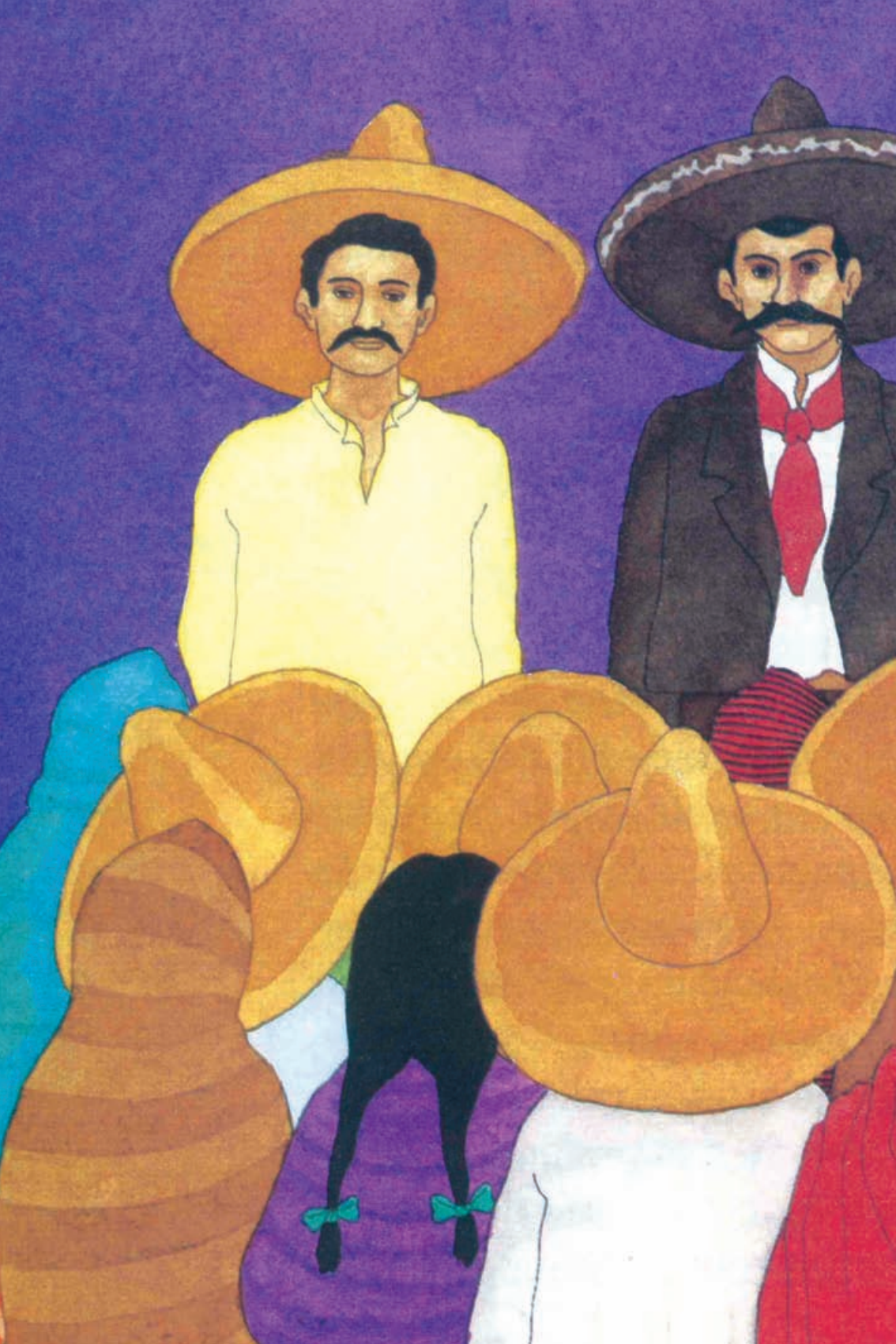
Al fin de la batalla los zapatistas obtuvieron sesenta mulas con artillería, ocho o diez cañones

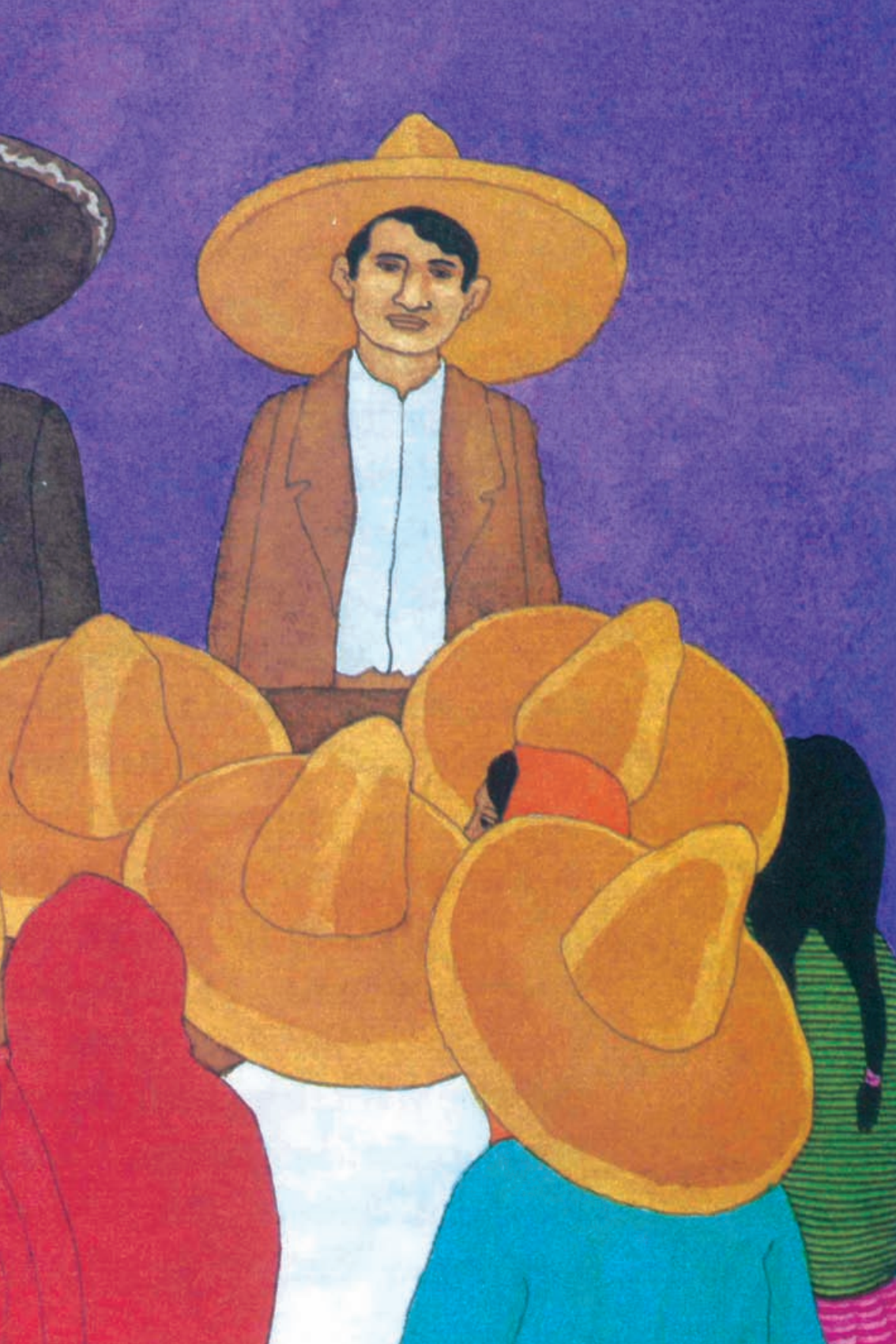
de tiro rápido, 12 ametralladoras y varios cañones de montaña. Además del armamento y del dinero, consiguieron lo más importante: la derrota de uno de los generales más temidos por la población: el general Cartón, quien junto con cuarenta y tres oficiales fue sometido a un juicio militar por órdenes del general Zapata.

Cartón y sus hombres fueron declarados culpables de la destrucción de pueblos y hogares de campesinos y fueron fusilados. No así los soldados federales; a éstos se les desarmó y muchos se unieron a los zapatistas.

Los revolucionarios toman el gobierno

En diferentes regiones del país, los zapatistas y los constitucionalistas lograron vencer a Victoriano Huerta. Venustiano Carranza quedó como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado provisionalmente del gobierno. De inmediato quiso llegar a un acuerdo con Zapata para que hubiera paz. Sin embargo, como Venustiano Carranza no aceptaba el Plan de Ayala, Zapata decidió seguir luchando.





Un gobierno campesino

Al fin los zapatistas volvieron a su territorio y, por primera vez en la historia de la lucha campesina, Zapata, su ejército y los pueblos lograron establecer su propio gobierno.

En 1915, en vista de los triunfos militares y políticos obtenidos por él y por su gente, Zapata decidió formar un gobierno revolucionario. El "Cuartel General Zapatista" estaba encargado de organizar la vida diaria de los pueblos bajo el control zapatista: fijaba el precio de las mercancías para evitar abusos de los comerciantes e hizo que en el campo se continuara sembrando caña para que los ingenios, que ahora eran de ellos, no dejaran de producir azúcar.

Ésta se le daba a la población y al ejército a través de vales que firmaban Zapata, su hermano Eufemio o Manuel Palafox, secretario del cuartel general.

También se emitió moneda zapatista.

Se evitaba que los jefes o sus tropas cometieran abusos en las propiedades de los civiles. Por ejemplo, necesitaban tener autorización del jefe de la plaza para sacrificar ganado para comer. El presidente municipal era el encargado de conseguir en las poblaciones el sustento para la tropa.

El pueblo elegía a sus autoridades municipales y al gobernador, y las tropas, junto con Zapata, se encargaban de nombrar a los generales del ejército revolucionario.

En 1915 llegó a Morelos un grupo de jóvenes ingenieros agrónomos para trabajar en el deslinde de las tierras que le correspondían a cada pueblo, evitando así que pelearan por los límites. Al regresar los campesinos y recuperar sus tierras, los campos fueron sembrados; la población tuvo alimentos. La gente regresó a sus hogares para continuar su vida cotidiana. Tal parecía que no hubiera habido guerra, porque la población pudo seguir con sus costumbres y sus fiestas.

Los límites de la zona zapatista eran vigilados por el ejército libertador para evitar un ataque por sorpresa del ejército constitucionalista.

A mediados de 1916, Carranza le encargó al general Pablo González que iniciara una campaña militar para acabar con Zapata; los zapatistas tuvieron que replegarse y regresar otra vez a los cerros.

En 1917, Venustiano Carranza fue electo presidente constitucional. Para el gobierno de Carranza, Zapata era sólo un rebelde que encabezaba a forajidos que se oponían a la unidad nacional.

Zapata muere a causa de una traición

El gobierno logró aumentar su ejército, el cual contaba ya con armamento moderno. Poco a poco los zapatistas perdieron terreno hasta tener que volver a sus antiguos parajes, es decir, los cerros más altos y alejados. Ahí pasaron frío, hambre y sed. El invierno de 1918 fue muy duro. Acerca de estos días, un viejo zapatista cuenta:

—Comíamos tierra mojada, zacate tierno; masticábamos yerbas. Alguna vez lográbamos bajar hasta las siembras para cortar algo de habas y elotes. Para quitarnos la sed, bebíamos agua encharcada de los troncos ya podridos...

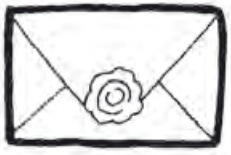
Cada día que pasaba, la situación se hacía más difícil, al grado de que Emiliano Zapata les dijo a los otros jefes:

—De hoy en adelante tendremos que cambiar la forma de luchar. Nos moveremos en grupos pequeños. Cada uno seguirá al general que representa a su pueblo.

Zapata y su grupo se refugiaron en el pueblo de Tepalcingo, cerca del estado de Puebla.

A pesar de que había perdido casi todos los lugares que durante nueve años había logrado dominar, y de que se encontraba con menos tropas y sin armas, Zapata seguía siendo una amenaza para el gobierno federal, que buscaba la forma de acabarlo.

Fue así que a principios de 1919 el gobierno convenció al coronel Jesús Guajardo, quien militaba en el ejército federal, para que aparentara que se quería unir a las fuerzas de Zapata. Guajardo le escribió a Zapata para decirle que quería luchar junto a él, y que además podía proporcionarle una gran cantidad de armas y de cartuchos.



En un principio Zapata no estaba convencido de la sinceridad de Guajardo. Sin embargo, ante la posibilidad de obtener refuerzos y armas, finalmente aceptó.

Después de varias pláticas, Guajardo invitó al general Zapata a comer en la hacienda de Chinameca. El general se presentó acompañado por una escolta de sólo 10 hombres.

A las dos de la tarde del 10 de abril de 1919, Zapata llegó a la entrada de la hacienda, montado en un caballo alazán que días antes le había regalado el mismo Guajardo. En el patio de la hacienda, la guardia estaba preparada, supuestamente, para hacerle los honores.

> El clarín tocó tres veces a llamada de honor. Era la señal. Los soldados descargaron a quemarropa dos veces sus fusiles y nuestro inolvidable general Zapata cayó para no levantarse más.

Así contó la muerte de Emiliano Zapata uno de sus asistentes que logró sobrevivir a la traición.

Los campesinos no olvidan a Zapata

En pocas horas la noticia llegó hasta los lugares más apartados: "El general Emiliano Zapata ha muerto".

Fueron muchos los campesinos que quisieron ver el cadáver de su jefe, porque no creían que hubiera muerto.

Querían ver con sus propios ojos las señas particulares de Zapata: "tenía un lunar negro en el pómulo y un dedo mocho —el meñique— por la reata". Todos salían convencidos de que ése no era su general Zapata.

Entre más tiempo pasaba, para los que lo habían querido y lo seguían queriendo, era más difícil aceptar que Zapata estuviera muerto. Por eso empezaron a correr, de boca en boca, diferentes historias sobre el lugar en el que se encontraba "su general".

—El general Zapata escapó; se fue con su compadre el "Húngaro". Allá estuvieron, en Hungría; y lo querían como a un dios.

—El que murió era su compadre. Al enterarse de la emboscada se ofreció a ir en su lugar; por eso tenía puesto su traje, su sombrero y sus espuelas.

Zapata logró llegar a Veracruz, donde se embarcó rumbo a Arabia. Ahí se quedó a vivir.

—No ha muerto. En las noches de luna se le puede ver en la montaña, cabalgando en su caballo blanco, como vigilando.

Sin embargo, la verdad es que el general Emiliano Zapata murió en una emboscada, el 10 de abril de 1919.

A pesar de los años transcurridos, el ejemplo de Zapata sigue presente. Los campesinos están convencidos de que la tierra es suya, porque Zapata les dijo que:

"La tierra es de quien la trabaja"

Emiliano Zapata

fue editado por el

Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México.

Se terminó en mayo de 2019
en la Ciudad de México.

Emiliano Zapata era un hombre de estatura mediana y piel quemada al sol. Usaba bigote grande; sus ojos eran oscuros y su mirada franca; le gustaba vestir de charro con galones bordados en el sombrero y adornos de plata en el pantalón. Su mayor orgullo era tener un buen caballo.

Se cuentan historias de que Zapata no ha muerto: "En las noches de luna se le puede ver en la montaña, cabalgando en su caballo blanco, como vigilando". La verdad es que el general Emiliano Zapata murió en una emboscada el 10 de abril de 1919, y a pesar de los años transcurridos, su ejemplo sigue presente. Los campesinos están convencidos de que la tierra es suya, porque Zapata les dijo que:

"La tierra es de quien la trabaja"

SALVADOR ALVARADO

9 786075 490809

CULTURA

INEHRM